



"...y sé que si piensas bien a tu lado me tendrás..."

Querido mío: Primero los reproches. ¿Cómo pudiste llegar este año un poco tarde a la cita? ¿Cómo pudiste retrasarte un poco cuando sabías que cada minuto de este retraso sería para mí un infinito de angustia? Otros años me sorprendió tu llegada, tan de improviso. Ya sabes que a veces llevo a dudar de tu existencia, apenas entrevista por mí. Sólo he de escuchar tu nombre, sólo tu sombra he de ver..., repito para mí, tal como quiso el poeta.

Pero este año la sorpresa ha sido tu tardanza. Me ha sorprendido que no hayas querido sorprenderme. No, Don Juan, eso no está bien; tu hidalga condición no puede ser impuntual con una dama. Tentada he estado de dejarte con Brígida e irme a rezar con la abadesa, que mejor convendría a la salvación de mi alma...

Pero, ¿qué digo? ¡Don Juan de mi corazón! ¿La salvación de mi alma? ¿Preocuparme yo, egoísta, de mi sola salvación? Yo que miraré años más tarde como una gracia incomparable esta resolución de la divina Providencia:

**con Don Juan te perderás
o te salvarás con él.**

¿Huirte yo, ponerme de monos contigo? ¿Yo que voy a tí como va — sorbido al mar ese río...?

Ya sabes cuál es el río: el Guadalquivir; junto a él está la quinta donde yo, más generosa que tú — en amor es más feliz el que más pone —, te he suplicado amor a cambio de adoración. No, Don Juan, ya sé que no puedo huirte. Por eso no te he echado una buena filípica, que te la mereces, por fresco y por malo, por tu retraso. Hoy me has proporcionado un nuevo placer: el de esperarte. Como siempre llegabas de improviso, hasta hoy no pude gustar de esos minutos de ansiedad que aceleran el ritmo de mi corazón. ¿Sabes cuántos segundos hay en diez minutos, Don Juan? ¿Tú te crees que seiscientos? Pues no, son más de seis mil. Los he contado yo, que nunca me equivoqué al correr las cuentas de mi rosario. Seis mil veces, seis mil latidos de mi corazón que dolía porque te echaba de menos. Es bonito también, mi amor, echarte de menos y encontrarte luego, cuando ya casi no se te espera, diciéndome: «Inés del alma mía...»

Pero me he dado cuenta de que hoy estabas un poco preocupado. ¿Acaso las canas que ya asoman en tus sienas? ¿Cansancio de la vida? ¿Van mal tus negocios? ¿Te hacen sufrir algunas de esas horribles mujeres que te gustan y que a un tiempo te acercan y apartan de mí?

No, no me mientas, Don Juan. No engañes de nuevo mi ingenuidad. Mira, sé más de lo que tú te crees. He aprobado el examen de Estado y sin estudiar mucho. ¡Lo que hay que saber para eso!

Bien, Don Juan; en el colegio me enseñaron a no mentir. Soy sincera con todos y contigo, y por eso te advierto que aunque me dejes yo no te olvidaré nunca. Yo, decorosamente, me moriré de pena...

Pero luego, Don Juan, tú tratarás de recuperarme. Pasarán años y años, acaso diez. ¿No se tardan diez años, por lo menos, en destruir un palacio y construir sobre él un espléndido cementerio? ¡Ay, alma mía!, no sé cuántos años serán con certeza; tú sí puedes saberlo, porque para tí el tiempo es tiempo y para mí, al otro lado del escenario de la vida, es ya eternidad.

Al cabo de esos años tú, Don Juan, envejecido por dentro, volverás a buscarme. Te dirán que he muerto. Pero no hagas caso; yo vivo para tí. Yo mi alma he dado por tí... El escultor que hizo mi estatua yacente sólo sabe de mi cuerpo...

No, a esa última cita, Don Juan, no llegarás con retraso, sino con oportunidad. Cansado del ajetreo de la vida, del zanjeo de las pasiones, echarás en falta mi dulzura, que hoy te aburre un poco...

Mañana no. Mañana peinarás algunos cabellos grises y yo tendré mis oscuras trenzas de los dieciocho años (en la eternidad no se envejece). Pero yo miraré tu cabeza como una madrecita chica mira la de su niño... Y tú acudrás entusiasmado a esta cita. No, no tengas miedo a mis reproches, porque si piensas bien, a tu lado me tendrás.



UNA ACTRIZ, ANA MARISCAL, EN EL PAPEL DE "DON JUAN"

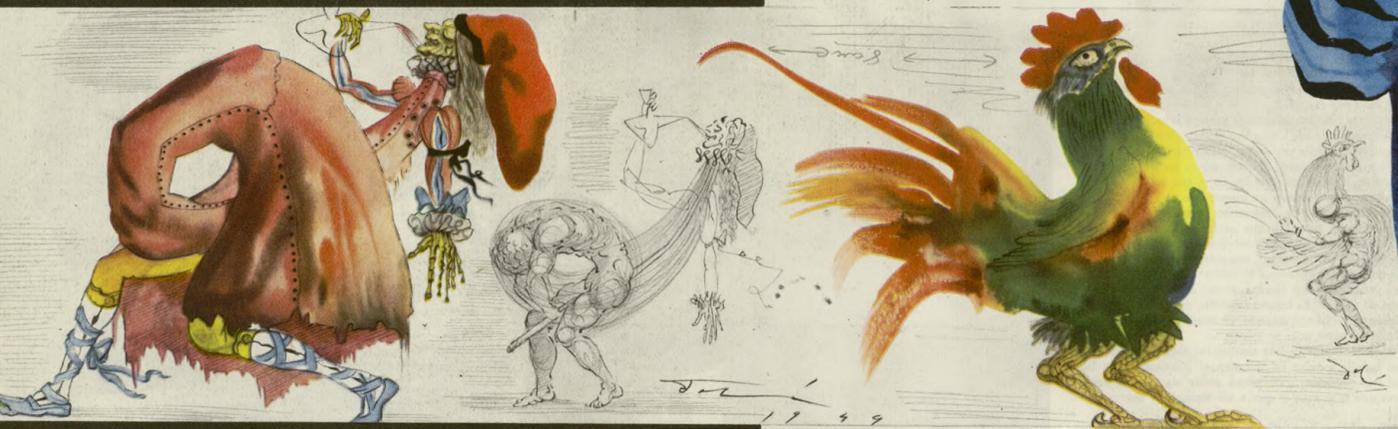
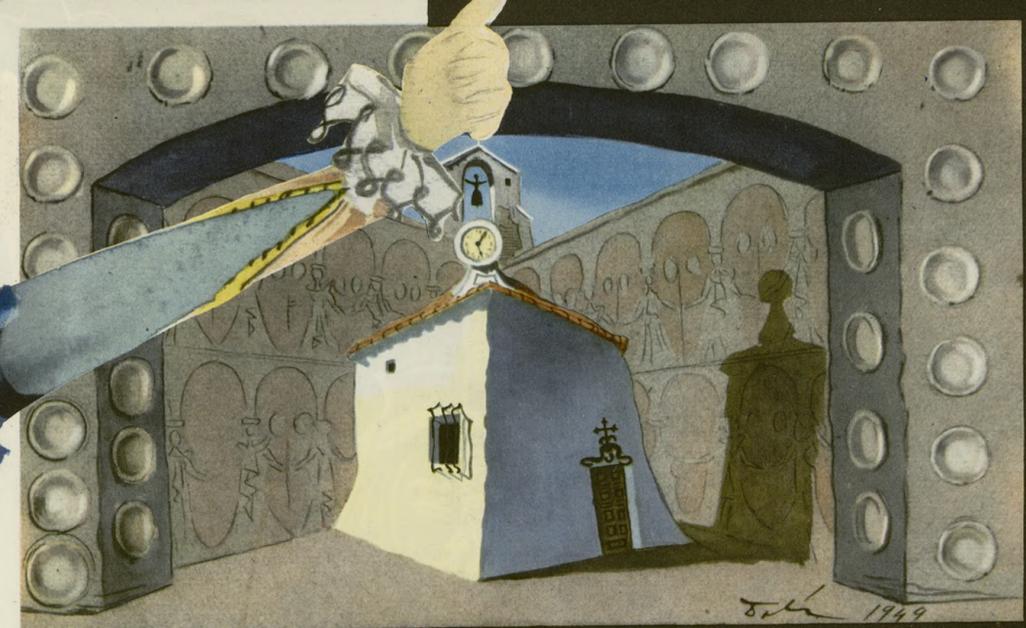


ENRIQUE GUITART



GUILLERMO MARIN

Inés Inés



DÍA de Todos los Santos de 1949.
DON JUAN TENORIO
 Drama en verso de don José Zorrilla, dividido en dos jornadas.
 «La Fortuna — va tras él desde la cuna».
 («Don Juan Tenorio», 2.ª parte - cuadro 1.º)

Una estrella favorable es a veces una trampa del Destino. El hombre sólo debe confiar en aquello que gana conforme a una ley moral.

Las Parcas representan, en este montaje del inmortal Tenorio, la fuerza diabólica que empuja a Don Juan hacia su perdición.

Título de los cuadros.—Primera parte: Cuadro primero, Libertinaje y escándalo; cuadro segundo, Destreza; cuadro tercero, Profanación; cuadro cuarto, El Diabolo a las puertas del Cielo. Segunda parte: Cuadro primero, La Sombra de Doña Inés; cuadro segundo, La estatua de Don Gonzalo; cuadro tercero, Misericordia de Dios; cuadro cuarto, Apoteosis del Amor.

Reparto (por orden de aparición en escena): Don Juan Tenorio, Luis Prendes; Buttarelli, Gabriel Miranda; Ctutti, Gaspar

DON JUAN TENORIO

TEATRO NACIONAL MARIA GUERRERO, DE MADRID

Campos; mozo de la hostería, Antonio González; Don Gonzalo de Ulloa, Antonio Queipo; Don Diego Tenorio, José Alvarez; Capitán Centellas, Miguel Angel González; Avellaneda, José Luis López; Don Luis Mejía, José María Rodero; Gastón, José Cañas; alguacil, Miguel Villalta; otro alguacil, Jorge Garrido; Doña Ana de Pantoja, Amparo Gómez Ramos; Brigida, Carmen Seco; Lucia, Pepita C. Velázquez; Doña Inés de Ulloa, Elvira Noriega; abadesa, Teresa Molgosa; Hermana tornera, Berta Riaza; rscullor, Enrique Cerro; las Parcas, R. Lucía, M. Márquez y J. Sanz; damas y caballeros sevillanos, encubiertos, curiosos, ángeles, sombras, justicias y pueblo.

Decorado y figurines de Salvador Dalí; realización del decorado, López Sevilla; realización del vestuario, Pepita Navarro y sastrería Barredo; luminotecnia, M. Romarate; dirección de Luis Escobar y Huberto Pérez de la Ossa.

N. de la R.—Esta representación del «Tenorio» con decorados y figurines de Salvador Dalí, ha provocado en Madrid el más reciente escándalo del «Don Juan» gallardo y calavera. En realidad, Dalí y los directores del Teatro Nacional han conseguido una nueva y original presentación plástica del drama «fantástico-religioso» de Zorrilla. La exaltación de lo pasional y necrofílico de la obra, así como la salida a escena de un pintoresco carnaval en el primer acto, y de elementos monstruosos de la subconsciencia del Burlador, en el cuadro del Cementerio, en los que Dalí ha hecho un alarde de fantasía superrealista, han dado lugar, primero a un clima expectante y durante la representación a protestas de los defensores de la tradición tenoríesca, que fueron ahogadas por los aplausos de la mayoría de los espectadores más o menos conformes con las innovaciones dalinianas.

Después de la función, que terminó felizmente, las polémicas y discusiones han continuado en las tertulias de intelectuales—escritores y artistas—de los cafés madrileños, y no han terminado aún. Sea lo que fuere, y sin meternos en quiénes tienen más o menos razón, es indudable que esta representación de «Don Juan» ha supuesto el suceso artístico-literario de la temporada española.

En esta página reproducimos los esquemas de la decoración y algunos de los trajes diseñados por Salvador Dalí.



ELVIRA NORIEGA



MARUCHI FRESNO



MERCEDES PRENDES



... Hoy llegué al convento con unos minutos de retraso. No fué la culpa de las comunicaciones, que siempre en estos tiempos son malas; hubo un motivo más íntimo y complejo que me frenó unos instantes en mi cronométrica puntualidad. Al llegar cerca de las tapias me detuve unos instantes y perdí un poco la noción del tiempo. Una angustia íntima me restaba las fuerzas para escalar hasta el aposento donde me espera todos los años mi pobre novicia. Conforme pasa el tiempo, me resulta más difícil la obligada entrevista con Inés. Me acobarda su inocencia y su candidez. Nunca sentí remordimientos por mi «affaire» —palabra discreta que aprendí en mis viajes por Europa con doña Ana de Pantoja—. Muchas veces pienso si en mis aventuras no seré yo el incauto y el seducido. De mi inconsciencia ante ellas nace mi valor, y por mi osadía sin causa vienen a mi mano los triunfos insospechados que dieron

fama y escándalo a mi nombre. ¡Ah, si fuera Inés como las otras! Ella es tan distinta, tan débil en su apariencia física. ¡Mirad!, ¡apartad la vista de estas líneas y pasead vuestros ojos por los recuerdos fotográficos que tengo de ella! ¿Verdad que es bonita? Parece distinta en cada uno de los retratos y no es así. Yo os aseguro que Inés es, siempre, la misma. Inés es un milagro hecho carne de mujer y de poesía romántica. Cuando estoy rabioso, porque veo que me vence, un pensamiento

maligno me hace creer que su aire de mosquita muerta no nace de su virtud sino de su tontería congénita. Luego me arrepiento. Mi juicio sobre las mujeres resulta, en ocasiones, bastante superfluo. Dedicado a todas ellas no puedo pensar en ninguna concretamente. Nacen en mis ojos con su presencia y mueren con mi abandono. Sólo Inés vive en mi alma. Desde el primer año que la ví—si no recuerdo mal fué el de 1884—, quedé prendido de su belleza espiritual. Ella produjo en mí una auténtica revolución. Yo tenía, hasta entonces, una simple dimensión humana y popular; ella me dió una esperanza divina. Inés fué para mí un anticipo del Cielo. Todos los años pienso que no debía volver al convento. Ella sufre con mi cínica aventura, y yo sufro al verla padecer por mí. Este año me hice el propósito de dejarla en paz, pero yo no sé qué maleficio me posee que, después de mi entrevista con doña Ana, supe, irremediamente, que mis pasos se encaminarían al convento. Pensé cambiar el tono de la conversación. Fué inútil. No encontraba la rima—porque a Inés sólo se le puede hablar en verso—y volví a la poesía popular que me aprendí hace ya siglo y pico. Inés fué la de siempre. Sólo hace unos años, como anécdota curiosa, me encontré con una muchacha que, descendiente de la chispa calderoniana, me suplantó en el papel. La bondad de Dios es tan grande que, según tengo entendido, también le bastó para salvarse un punto de contrición.

Inés ha muerto.

Como ocurrirá todos los años. Una vaga música suena a mi alrededor. Mi vida llega a su fin. Siento en mi alma una profunda melancolía. Vuelvo a mirar su retrato y mi mano lo deja caer como una suave hoja de otoño.

¡Quién pudiera, doña Inés, volver a darte la vida!

Don Juan Fenorio